

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL LIC. GUSTAVO MONCADA ESTRADA,
EL DIA 31 DE JULIO DE 1973
A NOMBRE DE LOS GRADUADOS DE LA
UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA**

Siempre he creído y hoy estoy más seguro que nunca, que el sentimiento de mayor pureza que puede tener el hombre, es el agradecimiento.

¡Gracias Dios mío! Doy gracias por todo el bien que el Supremo Hacedor, ha hecho por nosotros, por lo que ha hecho en concreto por mí: haberme dado a mis padres, que son los que me tienen presente en este magno acontecimiento de nuestra vida.

Doy gracias a mis padres Gral. Eduardo J. Moncada y Doña Ninfa Estrada de Moncada (q.e.p.d.), y desde aquí personalmente les dedico esta promoción y les envío todo mi amor allá a la eternidad.

Y con todo mi ser, siempre en mi carácter personal, dedico mi Graduación al amor de mis amores, mi hijito Alvaro, quien desapareció trágicamente el día más triste de mi vida, el 2 de noviembre de 1971, dejándome llorando hasta el fin de mis días.

Y ahora me place agradecer y dedicar este hermoso éxito personal mío, a todos aquellos seres con quien todavía tengo la dicha de poder conversar, a mi adorada y santa esposa Doña Marina Fonseca de Moncada, quien con toda su humildad, su sinceridad y su comprensión me supo animar siempre en los momentos más críticos de mis estudios.

A todos mis hijos, quienes con amor me inspiraron no sin sacrificarse muchas noches para atenderme y animarme hasta altas horas de la madrugada; a todos mis hermanos, especialmente a Octavio, quien con su gran bagaje de experiencia procuró en todo momento encauzarme por este buen sendero.

He iniciado estas palabras agradeciendo a Dios y a toda mi familia. Sin embargo este

sentimiento noble y puro de gratitud que llevo arraigado en lo más hondo de mi ser, quiero hacerlo extensivo también a otros seres que merecen todo mi respeto, mi admiración, mi aprecio y mi reconocimiento: por ello aprovecho esta ocasión para expresar también mi agradecimiento de manera especialísima al hombre que un día del año 1967, me motivó diciéndome lo siguiente:

—“Tu subalterno te lleva tres años por delante en preparación académica, qué te pasa? Eres un hombre inteligente, te aprecio, te estimo mucho”. Ese hombre es el culto y caballeroso Militar, Mayor General (INF) GN. Guillermo Noguera Zamora. Para él mi eterna gratitud y mi lealtad imperecedera.

Y por fin en nombre propio y en nombre de todo el grupo de Contadores Públicos que hoy se Gradúan conmigo quiero en voz alta que exprese bien nuestra sinceridad manifestar, casi diría clamar nuestro reconocimiento y también nuestra gratitud a todos los Catedráticos de aquella Escuela Superior de Contadores Públicos, donde iniciamos nuestros estudios; pero no sólo a ellos, también y de manera muy sentida a los hombres que hicieron posible nuestro ingreso a esta inolvidable Alma Mater: fueron ellos, el Dr. León Pallaís; el Reverendo Padre Juan Bautista Arrien; el Dr. Arturo Dibar; el Licenciado Román Wheelock, el Doctor Nardo Morales y nuestro Guía Espiritual Reverendo Padre Raul Henríquez.

Y haciéndome eco del sentir más hondo y más profundo agradecimiento, de todos los nuevos profesionales que da a la Patria esta nuestra querida Universidad Centroamericana, rindo nuestra eterna gratitud para los Catedráticos de Derecho, de Ingeniería, de Humanidades, de Veterinaria y Zootecnia, de Administración de Empresas y Contadores Públicos, quienes con su sapiencia, bondad innegable e inteligencia nos die-

ron todo lo necesario para triunfar a honra y gloria de Nicaragua, de nuestra Universidad, de nuestras familias actuando siempre con honestidad y sana intención en nuestras respectivas carreras profesionales.

Se ha escrito mucho y todavía se seguirá escribiendo a propósito de la misión de toda Universidad. Es un tema inagotable que cuestiona a todo hombre que piensa, desde aquellos albores de un nuevo resurgimiento cultural en el medioevo, hasta el momento actual. Y aunque las opiniones o las respuestas a esos interrogantes han sido muchas (*Tot Sententiae Quot Capita*) que decían los latinos, la historia de doce siglos se ha encargado de responder con una respuesta que ningún hombre amante de la verdad puede negar. No voy a disertar sobre esa respuesta, pero sí voy a fijarme en uno de sus datos: la cultura se salvó y se irradió en y desde la Universidad, los hombres que en ella se forjaron consciente o inconscientemente labraron el destino de sus pueblos pues los grandes ideólogos universitarios los conscientizaron con sus inquietudes y sus palabras y los fermentaron (los transformaron) para una acción o de reconstrucción o de progreso pero sobre todo de verdadera humanización.

La Universidad Centroamericana es y no es una más entre tantas y tantas Universidades. Lleva apenas once años un poco largos de existencia, once años en los que no han faltado ni las luchas internas ni los ataques externos, hasta la fuerza tremenda, inexplicable e indecible del terremoto de Diciembre se ensañó contra ella. Pero aquí está en pié, tratando de sobrevivir y de llegar a la plenitud de su ser. Se orienta de corazón se proyecta, hoy más que nunca a la reconstrucción y al progreso material y espiritual a la humanización sobre todo de nuestro pueblo. En ese sentido es una más entre todas las Universidades de la tierra. Quizás el logro de sus ambiciones a algunos talvez a muchos les parezca o les haya parecido poco hasta el punto de no considerarla una más en el catálogo de las grandes Universidades de la historia. Pero seamos realistas no exijamos a esta Universidad que empiece —por que no tenemos derecho— el influjo en la sociedad de una Universidad con siglos de existencia, el país mismo

es un país que buja por salir del sub-desarrollo al desarrollo, de la niñez al estado adulto de la pobreza de recursos materiales y humanos al progreso y aun al influjo positivo en el mundo. Me cuestiono a mí mismo muchas veces en lo más hondo de mi sinceridad si las luchas intestinas y los ataques externos adolecen cuando victiman a nuestra Universidad de una falta profunda de ponderación de la realidad, y si el ansia o los rencores que los cobija obstaculiza más bien que facilitan la reconstrucción, el progreso, la humanización que pretende esta Universidad.

Aquí entre los escombros materiales nada más no espirituales de esta Universidad Centroamericana presente con todo este grupo de Graduados para recibir el Diploma que ella nos va a entregar, quiero ser el portavoz y el resonador de lo que todos estos Graduados sienten y yo siento vivísimamente en este momento: fe ciega en la Universidad, fe en nuestra UCA, fe que como aquella de los grandes personajes de la Biblia ante Yahveh es confianza, es esperanza y es adhesión amorosa, ilusionada y plena. Creemos en la UCA, creemos en lo positivo de su afán y de sus ambiciones, creemos en su influjo positivo en nuestra Nicaragua y le agradecemos de corazón con gratitud imperecedera cuanto ha hecho por capacitarnos en la medida de sus afanes y sus ambiciones para bien de nuestro pueblo.

Y permítanme ya para acabar expresar breve pero muy sinceramente esa fe, esa confianza, ese respeto, ese cariño, esa gratitud que todo este grupo de Graduados (me consta especialmente de los Contadores Públicos) sentimos por los Padres Jesuitas de esta Universidad por todos y cada uno de ellos, hombres siempre en la brega como un Manuel Otaño, auténtico forjador de hombres, hombre siempre irradiando con amenidad el saber como un Padre Caballero, hombres como Zarrabe y Ugarte entregados completamente al crecimiento y al embellecimiento de esta Universidad.

No nos despedimos de la UCA, nos comprometemos más bien con ella. Nos comprometemos a vivir nuestra vida de profesionales fieles a los principios, a la altura debida al afán y nobles ambiciones de esta ALMA MATER o Universidad Centroamericana. Gracias.